

ALGUNOS ASPECTOS DE LA FORJA DE UN REBELDE

JOSÉ RODRÍGUEZ RICHART
Universidad del Sarre

1. LA INTEGRACIÓN DE LAS NARRACIONES DE VALOR Y MIEDO EN LA LLAMA.

Valor y miedo, el primer libro de Barea, fue publicado en Barcelona en 1938¹ y constaba de veinte narraciones sobre el tema de la guerra civil en curso, todas ellas, excepto la cuarta, «Bombas en la huerta», sobre el cerco de Madrid a partir de 1936. Este libro, inencontrable después de la guerra, ha sido reeditado en 1980 en Madrid.² *La forja de un rebelde*, segundo libro de Barea, al que le debe casi toda su fama de escritor y que ha gozado de una gran difusión en todo el mundo, se publicó por primera vez en versión inglesa en Londres. En 1941 salió el primer tomo, traducido por Sir Peter Chalmes-Mitchell, *The Forge*, el segundo en 1943 *The Track* y el tercero *The Clash* en 1946, ambos traducidos ya por Ilsa Pollak de Barea, según constata Esteban Salazar Chapela.³ En castellano apareció por primera vez en Buenos Aires en 1951, en una versión al parecer retraducida por Ilsa de la edición inglesa con las incorrecciones y deficiencias gramati-

1. Publicaciones Antifascistas de Cataluña.

2. José Esteban, editor. Las citas que se harán a continuación de esta obra se refieren a esta edición. En el tomo no figura que es una segunda edición de la obra. Por lo demás, algunas de las narraciones ya fueron publicadas en periódicos y revistas de Inglaterra, Francia, Suiza, Suecia, Argentina antes y después de aparecer como libro en Barcelona, según nos cuenta el propio Barea en *La llama*, ediciones Tumer, Madrid, 1977, páginas 352 y 392 y ss. y nos confirma Ilsa BAREA en el prefacio a *El centro de la pista*, Badajoz, 1988 (ed. de María Herrera), p. 43. También nos da informaciones a este respecto Esteban SALAZAR CHAPELA en «Carta de Londres: A. Barea», *Asomante*, XIV, 1958, p. 82.

3. En el artículo de *Asomante* que acabamos de citar, p. 82. Según J. ORTEGA, «A. Barea, novelista español en busca de su identidad», *Symposium*, Winter, 1971, p. 389-390, existe también una traducción enteramente de Ilsa BAREA, *The Forging of a Rebel*, aparecida en Nueva York (Reynald and Hitchcock, 1946).

cales y estilísticas conocidas.⁴ Por qué el mismo Barea, que vivió hasta 1957, no corrigió esa edición en castellano, no ha quedado aclarado hasta hoy. En 1977 la trilogía ha sido editada en España por primera vez⁵ después de haber sido publicada en las lenguas más importantes del mundo.

Al leer las narraciones que constituyen *Valor y miedo* observé que muchas de ellas aparecían citadas, aludidas o reproducidas en mayor o menor medida en *La llama*, en el tomo tercero de la trilogía,⁶ y me interesó saber algo más sobre esa reutilización de materiales previos, sobre esa integración o asimilación de las narraciones de *Valor y miedo* en ese tomo de la obra de Barea.

La primera pregunta que podemos plantearnos en este contexto es ¿por qué reaparecen o se reutilizan parcialmente en *La llama* esas narraciones? La respuesta puede llevarnos a una cuestión quizá central en la actividad creadora de Barea. En efecto, una posible contestación sería: porque esas narraciones de *Valor y miedo* tanto como el contenido entero de *La llama* —y de los otros dos tomos de *La forja*, en general— forman parte de la autobiografía del autor, de sus vivencias y experiencias personales y no tiene nada de extraño, por consiguiente, que al redactar su obra magna con un propósito decididamente testimonial incorpore a ella esos primerizos intentos literarios. Una segunda respuesta sería, además de lo dicho antes, que las narraciones de *Valor y miedo* pertenecen al mismo gran tema de *La llama*, es decir, a la guerra civil española y especialmente al sitio de Madrid vivido directa e intensamente por el autor, como es sabido. O sea, que tanto en las narraciones de *Valor y miedo* como en *La llama* se abordan y describen situaciones análogas, aparecen los mismos personajes y lugares, se incide en los mismos acontecimientos: el sargento Ángel García, la taberna de Serafín, las empleadas de la Telefónica, los milicianos combatientes en

4. Ignacio SOLDEVILA explica esta cuestión satisfactoriamente: «En vista del gran éxito, la editorial Losada pidió la versión española, pero parte del original español se había perdido e Ilsa Barea hizo la reconversión al castellano, con los resultados negativos que ya se han señalado repetidas veces, y la inexacta atribución a Barea de un desconocimiento u olvido del castellano imposible en dos años de ausencia del país». *La novela desde 1936*, Madrid, Alhambra, 1982, p. 84. La comparación con otras obras de Barea de redacción posterior como *Lorca, el poeta y su pueblo*, Buenos Aires, Losada, 1956, o bien *El centro de la pista*, Madrid, Cid, 1960, hace totalmente inverosímil esa atribución.

5. Ediciones Turner (Col. La novela social española), Madrid, 1977. Las citas que se harán a continuación de los tomos de la trilogía se refieren a esta edición. Interesante me parece constatar que en la p. 416 de *La llama* se anota después del «Fin»: «Rose Fann House, Maphelusham, Oxfordshire, Otoño, 1944». Por otra parte, el mismo Barea escribe en la p. 411: «París estaba ahora oscuro, lleno de nieblas y frío... Había terminado mi nuevo libro... Pero cuando estuvo terminada la primera versión cruda de *La forja* me descorazoné...» Ésta del 44 es, pues, una segunda versión. (El subrayado es mío.)

6. Los únicos hasta ahora, que yo sepa, que han hecho hincapié en este aspecto han sido Ignacio Soldevilla, *op. cit.*, p. 84 y María Herrero, en la introducción a la edición antes citada de *El centro de la pista*, p. 29.

Carabanchel, la semidestruida calle de Ferraz, el barrio de Argüelles o el Parque del Oeste en la primera línea del frente, etc.

Las dos obras nacen probablemente del mismo impulso y están escritas con parecida intención: contribuir a la lucha, ayudar a su pueblo, aportar su esfuerzo al triunfo de sus ideas socialistas: «escribir era para mí parte de la lucha, parte de nuestra guerra ..., y no sólo una expresión de mí mismo».⁷

Por último, las dos obras están escritas en el mismo estilo, directo, sin rodeos, realista, sin apenas recursos literarios ni florituras, sobrio y desnudo. Y, sobre todo —como expresión del talante autobiográfico de ambas obras—, sincero y veraz: «Sus prendas relevantes de escritor (decía *The Times*) fueron su honradez intelectual y su pasión por ser sincero».⁸

Quisiera insistir en que tanto los tres tomos de la trilogía como las narraciones de *Valor y miedo* son fragmentos de la autobiografía del autor. Coincido totalmente con la opinión de José Ortega: «Barea eligió la autobiografía como fórmula de reconstrucción, intelección y recuperación de su pasado»⁹ pero, sigue escribiendo el profesor de Wisconsin, «Ni *La forja* ni ninguna otra autobiografía puede ser calificada de objetiva, pues las circunstancias personales e históricas dificultan cualquier intento de objetivación».¹⁰ De modo que la trilogía, en todo caso, no es una *novela*, como ha sido calificada con frecuencia, si se entiende como tal una obra de ficción, de imaginación, inventada¹¹ ni siquiera una

7. *La llama*, 411. Ya antes había escrito, refiriéndose a las charlas desde «La Voz de Madrid» —que, por lo demás, coinciden temáticamente con muchas narraciones de *Valor y miedo*— que con ellas trataba de «obligar a las gentes de nuestros países hermanos a ver bajo la superficie de nuestra lucha», p. 323.

8. Tomo la cita del trabajo de E. SALAZAR CHAPELA sobre Barea publicado en *Asomante*, XIV, 1958, p. 80.

9. En «A. Barea, novelista español en busca de su identidad», *Symposium*, Winter, 1971, p. 387.

10. Por supuesto, es imposible reclamar una objetividad en sentido estricto para la obra de Barea, aunque él pretendió reflejar la realidad lo más objetiva y fielmente posible, con los medios a su alcance. Pero, en realidad, ni siquiera las obras históricas pueden calificarse de objetivas. Luis Racionero cita a este propósito unos versos de Paul Valéry: «L'Histoire justifie ce que l'on veut! / Elle n'enseigne absolument rien / car elle contient tout et donne des exemples de tout. / Elle est le produit plus dangereux / que la chimie de l'intellect ait élaboré». Y a continuación añade: «la pretendida objetividad de las ciencias sociales es una frágil norma conculcada cuando lo exigen los intereses de las clases dominantes, ya sean económicas, políticas, religiosas o intelectuales. Tal es el caso de la Historia» (*El Mediterráneo y los bárbaros del Norte*, Barcelona, Plaza & Janés, 2 1985, p. 103). Más adelante insiste: «para decir qué hechos son los relevantes (en la Historia) y dónde se colocan, hay que mirarlos teniendo una teoría previa y ésta no es objetiva y no puede serlo; es una preconcepción, un punto de partida subjetivo, un *parti pris* existente en la mentalidad del historiador y que está allí por motivos de clase, de educación recibida, o de propensiones temperamentales y personales» (*OC*, p. 104).

11. No comparto la opinión de J. R. Marra-López quien al hablar de *La forja de un rebelde*, la califica de «trilogía novelesco-autobiográfica o viceversa, tanto monta una u otra cosa, ya que es difícil precisar qué hay de real y qué de inventado en ella» (*Narrativa española fuera de España 1939-1967*, Madrid, Guadarrama, 1963, p. 289). Yo diría que de premeditadamente inventado hay muy poco y que casi todo está reflejado con una voluntad de testimoniar, que casi todo es real, por tanto.

obra de *historia novelada*, como puedan serlo los *Episodios Nacionales* de Galdós, *Por quién doblan las campanas* de Hemingway o *L'Espoir* de Malraux, por citar sólo unos pocos ejemplos, sino que pretende ser, quiere ser autobiográfica y veraz, está escrita con una sinceridad y honradez palmarias y tiene por ello, con todas las limitaciones subjetivas que se quiera, un valor documental y testimonial para mí incuestionable. Así lo creen también J. L. Ponce de León, Ricardo de la Cierva, E. Salazar Chapela, o los autores de la *Historia social de la literatura española*,¹² entre otros muchos.

En la misma obra de Barea encontramos valiosas referencias a este respecto. paradójicamente, el crítico de la Iglesia Barea a la persona que guarda mayor amor y respeto entre las encontradas a través de los años cruciales de la guerra

Pero el mismo Marra-López se contradice más adelante y al hablar de *La ruta* y compararla con las obras de Sender y Díaz Fernández escribe: «Pero *Imán* y *El bloqueo*... son obras novelescas. Barea, por el contrario, aumenta la carta autobiográfica y los datos históricos» (OC, p. 324), para acabar concediendo: «Lo más elogiable de la obra es su calidad de *documento-testimonio*, en el que muestra una realidad vivida por el autor, tanto en primera línea como en la retaguardia ciudadana, en el bloqueo y en el cuartel» (OC, p. 326). (El subrayado es mío). Y al comentar *La llama* escribe: «Barea refleja este caos de manera beligerante y objetiva ... y, a pesar de su beligerancia intenta ser justo y objetivo, consiguiéndolo las más de las veces» (OC, p. 329). Sí comparto, en cambio, la opinión de Gerald G. BROWN que en su *Historia de la literatura española: el siglo XX* (Barcelona, Ariel,¹⁰ 1983, edición revisada por J. C. Mainer) escribe refiriéndose a la trilogía en su conjunto: «En rigor *no tiene nada de novela*, sino que es tan sólo *los recuerdos* de Barea, de lo que vio, sintió y pensó. Las personas y los lugares se nombran con sus nombres verdaderos, y a pesar de que Barea proclame su entrega a unos principios ideológicos, los hechos se relatan con una considerable *imparcialidad*», p. 224. (El subrayado es mío.)

12. J. L. S. PONCE DE LEÓN: *La novela española de la guerra civil (1936-1939)*, Madrid, Ínsula, 1971, p. 61: «Lo autobiográfico no está disfrazado bajo ninguna ficción literaria en A. Barea, que construye su trilogía alrededor de sí mismo, utilizando su propio nombre y el de tantos otros personajes históricos que se mueven por sus páginas como se movieron en la realidad de sus vidas. Estas características ... serían suficientes para que se le negara el nombre de novela. La técnica adoptada por el autor es, sin embargo, una técnica propia de la novela... el autor se limita a recoger los hechos tal como sucedieron ante él... (y) presenta su historia ante el lector sin alteraciones de la verdad de lo vivido (de su verdad, se entiende)». Especialmente interesante me parece el juicio de Ricardo de la Cierva, por su condición de historiador. De la trilogía de Barea afirma que «es una rabiosa autobiografía en la que no se disimulan ni nombres, ni fechas ni datos. Su valor histórico y su valor literario son... innegables ... *Excepcional documento del que no podrá prescindir nunca el historiador*». (El subrayado es mío). *Cien libros básicos sobre la guerra de España*, Madrid, Publicaciones Españolas (Col. Claves de España), 1966, p. 294. Esteban Salazar Chapela, que conocía al autor personalmente y que convivió con él algunos años en Londres en el artículo antes citado de *Asomante* sólo emplea dos denominaciones para calificar la obra magna de Barea: «autobiografía» (tres veces) y «trilogía autobiográfica» (dos veces), pp. 80-84. Carlos BLANCO AGUINAGA, J. RODRÍGUEZ PUÉRTOLAS e Iris ZAVALA escriben en su *Historia social de literatura española*, II, Madrid, Castalia, pp. 38-39, refiriéndose a la trilogía que es «básicamente una autobiografía» y que, como tal, es también «una crónica de la España en que su autor vivió». Y más adelante: Barea es narrador totalmente sincero ... (y) *La llama* (un) *documento absolutamente imprescindible* para conocer la vida real de la España republicana durante la guerra civil» (el subrayado es mío). Los ejemplos podrían multiplicarse.

es a un sacerdote católico, al padre Leocadio Lobo «El hombre que me ayudó más entonces» según escribe.¹³ Pues bien, ese mismo padre Lobo es el que le aconseja «Habla y escribe (de) lo que tú creas que sabes, (de) lo que has visto y pensado, cuéntalo honradamente con toda tu verdad ... no mientas ... Di lo que has pensado y has visto y deja a los demás que, oyéndote o leyéndote, se sientan arrastrados a decir su verdad también».¹⁴

En resumen: las narraciones de *Valor y miedo* tanto como la famosa trilogía *La forja de un rebelde*, como también, por lo demás, las famosas charlas que Barea daba por la radio «La Voz de Madrid», son versión directa, verídica y fiel de lo que Barea ha visto y vivido, tienen pues en común ser fragmentos de su autobiografía. Todas ellas, en conjunto, pueden considerarse como un documento testimonial de valor innegable sobre los acontecimientos que describe, es decir, concretamente, en el caso de *La llama* y de *Valor y miedo*, sobre la conflagración civil española y en especial el sitio de Madrid.

De las veinte narraciones de *Valor y miedo*, seis¹⁵ no aparecen ni reproducidas parcialmente ni resumidas ni siquiera aludidas en *La llama*. Las catorce restantes sí, de una u otra forma, generalmente resumidas y concentradas en unas pocas líneas, nunca realizadas enteramente. Pero aunque, como escribe Ignacio Soldevila, la «correspondencia entre las... versiones de los mismos hechos ... no es casi nunca exacta»,¹⁶ esta no correspondencia se refiere, según he podido comprobar, casi exclusivamente a la longitud de las narraciones: en todo lo demás existe una correspondencia esencial, es decir, no hay contradicciones o divergencias de bulto ni siquiera de detalles importantes, prueba adicional, si hiciera falta, de la veracidad o de la historicidad de lo narrado. Al contrario, lo que sí encontramos con frecuencia en *La llama* es una confirmación y complementación de las narraciones de *Valor y miedo* en un contexto a veces más amplio y explícito, con antecedentes y consecuentes.

Tomemos por ejemplo la narración V «Proeza»,¹⁷ de título irónico: se narra en ella un bombardeo realizado por un trimotor Junker alemán el 20 de enero de 1937 del barrio madrileño de Vallecas y de la muerte de varias personas modestas, mujeres y niños, que tomaban el sol, cosían y charlaban pacíficamente delante de sus casitas. La narración, que tiene dos páginas en *Valor y miedo*, queda reducida en *La llama*¹⁸ a media página y en ella Barea repite esencialmente lo mismo que ha contado antes en *Valor y miedo* pero añade dos párrafos nuevos: uno antes y otro después del núcleo central repetido, en los que nos proporciona nuevas informaciones que confirman punto por punto lo escrito en *Valor*

13. *La llama*, p. 353.

14. *OC*, p. 357.

15. Las que llevan los números I, III, VII, XI, XIII y XV.

16. *La novela desde 1936*, Alhambra, Madrid, 1982, p. 84.

17. Pp. 23-25, ed. cit.

18. P. 284, ed. cit.

y *miedo* y, una vez más, la veracidad de los hechos narrados, ya *manifiesta* en el primer relato.¹⁹

Hay aquí, evidentemente, una confirmación de lo que se ha escrito en la narración originaria, hay una coincidencia exacta y absoluta, una coherencia total, ninguna discrepancia. para mí eso es una prueba más de la veracidad y de la voluntad de reproducción objetiva de los hechos narrados, tanto en *Valor y miedo*, como en *La llama*.

19. Creo que no puede pedirse más veracidad, historicidad o valor documental: «La niña estaba en la sala cuatro del Hospital Infantil del Niño Jesús. El niño cojo estaba en la cama cuatro de la sala treinta y uno del Hospital Provincial de Madrid. El padre ... se había ido con un carro tirado por un borriquillo al mercado Central de Madrid. Allí compraba unas cajas de pescado que después revendía en Vallecas. Así mantenía a sus seis hijos y levantó la casita, ladrillo a ladrillo. El mismo me ha contado la historia ... El padre se llama: Raimunda Malanda Ruiz. La madre se llamaba: Librada García del Pozo. Las ruinas de la casita herida por siete bombas, conserva aún el número 21 de la calle de Carlos Orioles en Vallecas...» En *La llama*, p. 284, se introduce la misma narración con un nuevo párrafo: «Un día, en mi desesperación, llevé conmigo a María para investigar el daño que había hecho un solo avión *Junker* volando bajito sobre las casuchas de Vallecas en la tarde del 20 de enero y dejando caer un rosario de bombas...» La narración termina así en la tercera parte de la trilogía: «Fuimos a visitar al chiquillo, a quien habían amputado el pie... y a escuchar la historia de labios del padre, Raimundo Mallanda Ruiz, mientras el niño nos escuchaba con los ojos muy abiertos y la mirada opaca». Otro ejemplo: la narración de *Valor y miedo* se titula «Carabanchel» (pp. 27-36, ed. cit.) y es la más extensa del libro (unas nueve páginas). Tiene tres partes: I. Escenario, II. Escena y III. Telón. Se nos cuentan en ella varias escenas del frente de Carabanchel durante el asedio de Madrid: la protagonizada por el soldado republicano que por la noche, cuando está de guardia, dispara para que el centinela enemigo no se duerma: la de la valiente mujer que lleva día tras día la comida a una avanzadilla de milicianos a pesar del fuego de las ametralladoras enemigas; la que narra las medidas de defensa y protección ante los morteros enemigos que toma un sargento madrileño innominado poniendo somieres encima de su improvisado refugio; la del medio burro muerto e incrustado en las trincheras, entre los sacos terreros, y algunas más. En *La llama* se ha introducido esa narración de la forma siguiente: «... a las dos y cuarto de la madrugada me enfrenté con el micrófono en la cueva forrada de mantas y describí la trinchera de Carabanchel en la que nuestros hombres se habían instalado desalojando a la guardia civil de ella. Describí los refugios apestados a través de los cuales me había llevado Ángel, la carroña podrida del burro encajada por fuerza entre los sacos destripados, las ratas, los piojos, y la gente que allí vivían y luchaban» (pp. 344-345, ed. cit.). El núcleo de la narración de *Valor y miedo* queda así reducido a lo esencial, las nueve páginas se han concentrado en unas siete líneas pero completadas por esa pequeña introducción y este pequeño epílogo. «El secretario del Comité de Obreros ... se sonrió levemente y me dijo: —Hoy, casi has hecho nueva literatura ... el ingeniero ... a cargo del control llamó al teléfono para decirme que por una vez había hablado como si tuviera reñones» (*ibidem*). Subsidiariamente se nos informa en este pasaje que la narración fue concebida y realizada originariamente como una charla radiofónica. Unas páginas antes (p. 177, ed. cit.) ha escrito Barea: «Me llamaron del Hospital de Sangre en que se había convertido el hotel Palace. Un miliciano herido quería verme. Se llamaba Ángel García «y describe allí detalladamente la visita que hizo él, acompañado de Ilsa, a ese miliciano amigo, herido y atendido en el improvisado hospital. Durante la visita, las bromas de Ángel, que sólo ha sido herido levemente, despiertan la irritación de otro herido, tendido en una cama contigua, cuya herida no era una broma. Discuten los dos sobre el apoyo a las unidades de combate, la disciplina y los mandos y entonces Ángel, para ejemplificar la posible compatibilidad entre la disciplina militar y la libertad individual, cuenta en primera persona su enfrentamiento con el capitán y la construcción del refugio contra los morteros utilizan-

Los ejemplos podrían multiplicarse. Algo semejante a lo que acabamos de hacer sobre el procedimiento de reutilización o de integración de las narraciones de *Valor y miedo* en *La llama* y su eventual ampliación o complementación con informaciones adicionales podríamos hacer con otras narraciones tales como «Bombas en la huerta»,²⁰ «Esperanza»,²¹ «Los chichones»,²² «Argüelles»,²³ «Plaza de España»,²⁴ «La mosca»,²⁵ «Piso trece»,²⁶ etc. Algunas de ellas, como las que llevan los números VIII («Sol»), II («Servicio de noche»), IX («Juguetes») XVI («Héroes») han quedado reducidos en *La llama* a puras alusiones de un par de líneas de extensión.

Para terminar con este apartado, me gustaría hacer unas observaciones generales sobre la técnica y el estilo de las narraciones de *Valor y miedo* y las que presentan en sus reparaciones de *La llama*. En *Valor y miedo*, las narraciones, en su mayoría, están relatadas en tercera persona, de una forma objetiva, algo impersonal. Sólo en seis de las veinte narraciones²⁷ interviene el autor y están contadas en primera persona. La versión de esos mismos asuntos en *La llama* está hecha desde otra perspectiva, más personal, la narración está hecha por el autor en primera persona, con toda claridad ya, introduciéndose él o sus amigos con sus nombres propios en la acción y explicando, además, otras circunstancias complementarias espacio-temporales. Todo se ha vuelto más transparente, las narraciones primerizas han sido verdaderamente integradas en la gran autobiografía del autor con todas sus consecuencias, definitivamente, diríamos. Se tiene la impresión de que Barea ha superado así ciertos escrúpulos de escritor incipiente, vacilante, inseguro. Se diría que en *La llama* Barea ha prescindido o se ha desnudado en su prosa de los modestos y sobrios recursos literarios y de sus vacilaciones de escritor primerizo para centrarse y reconcentrarse resueltamente en un objetivo mayor cuya significación histórica quiere poner debida-

do puertas y somniers (lo que ya conocemos de *Valor y miedo*). La visita al hospital termina así en *La llama*: «Ilsa y yo no podíamos contener la risa cuando volvíamos a nuestra oficina: —A Ángel se le podría convertir en un símbolo como el “Buen Soldado Shwejk” —dijo Ilsa. Y me fue contando sobre el famoso libro del rebelde soldado checo que aún no conocía» (p. 280, ed. cit.).

Es decir, lo narrado en *Valor y miedo* (VI: «Carabanchel») reaparece en *La llama* en dos ocasiones: una en la página 344, reducida al mínimo, y otra antes, en las páginas 278 a 280, con la reproducción entera de la historia del sargento y el refugio de somieres... pero desde otra perspectiva. Sabemos ahora que el protagonista se llama Ángel García, que es él quien se la cuenta al autor en el Palace, en presencia de Ilsa y de otro herido en el frente, etc.

20. IV, pp. 19-21, ed. cit., *La llama*, p. 362.

21. XIX, pp. 85-87, ed. cit., *La llama*, pp. 228-232.

22. XIV, pp. 65-69, ed. cit., *la llama*, p. 320.

23. XVIII, pp. 83-84, ed. cit., *La llama*, pp. 217-218.

24. XX, pp. 98-90, ed. cit., *La llama*, p. 216.

25. XII, pp. 59-61, ed. cit., *La llama*, p. 309

26. XVII, pp. 79-82, ed. cit., *La llama*, p. 236.

27. Las que llevan los números VIII, IX, XVI, XVII, XVIII y XX, ed. cit.

mente de relieve. Hay una narración que me parece ejemplar a este respecto: es la que lleva el número XIX, titulada «Esperanza»²⁸ y contada en tercera persona en *Valor y miedo*. Sus protagonistas allí son «un hombre y una mujer»,²⁹ que «llevaban días y noches encerrados en un salón del edificio de la Telefónica de Madrid».²⁹ «Llevaban días y noches durmiendo a ratos, sosteniéndose con bocadillos, tazas de café espeso y tragos de coñac»,²⁹ agotados, al término de sus fuerzas, exhaustos de trabajo, de fatiga y de miedo. La narración consta de tres páginas y no aparecen en ella nombres propios, ni se dice qué funciones realizan los dos exactamente en esa oficina. En *La llama* esta narración tiene algo más de tres páginas,³⁰ creo que es el único caso en que en *La llama* se amplía la narración con respecto a la correspondiente en *Valor y miedo*. En *La llama* el asunto está contado en primera persona, como toda la obra por lo demás, y se citan los nombres propios respectivos: «el hombre» en *Valor y miedo* se ha convertido en «yo» (es decir, Barea) en *La llama*, «la mujer» es ahora «Ilsa», «el ordenanza de guardia» es «Luis» en la refundición, en lugar de la acción es «el piso cuarto» de la Telefónica, se nos dice que los dos trabajaban en la censura de la prensa extranjera, etc.

Estos casos de indeterminación o de imprecisión que encontramos con relativa frecuencia en las narraciones de *Valor y miedo* frente a la mención concreta, con todos los detalles, de los nombres propios de los personajes, de los lugares de la acción y demás circunstancias inherentes que se hace en *La llama* creo que se puede explicar por la misma razón apuntada anteriormente: por el deseo del autor de documentar o testimoniar con la máxima fidelidad, con una fidelidad aún mayor si cabe que en *Valor y miedo*, todo lo que vio y vivió dándole así a su magna obra una auténtica dimensión de «crónica».³¹

Quizá pueda agregarse como razón adicional, aunque estrechamente vinculada con la anterior, el haber perdido Barea en París, en 1938, cuando está redactando el primer volumen de la trilogía³² y cuando ha decidido dedicarse a la

28. *Valor de miedo*, ed. cit., pp. 85-87.

29. P. 85, ed. cit.

30. Pp. 228-232, ed. cit.

31. Así la han denominado antes, como vimos, los autores de *Historia social de la literatura española*, III: C. BLANCO AGUINAGA, J. RODRÍGUEZ PUÉRTOLAS e Iris M. ZAVALA, Madrid, 1979, p. 38. Por su parte Emilio GONZÁLEZ LÓPEZ la enjuicia de la forma siguiente: «*La llama* es la historia de la guerra civil española. Si *La ruta* es el mejor libro que hasta ahora se ha escrito de la guerra de Marruecos, *La llama* lo es de la guerra civil ... *la forja de un rebelde es un auténtico documento de la historia contemporánea de España*, de sus tragedias políticas y sociales, escrito por un testigo de singulares condiciones artísticas para reproducir en cada página, en cada figura y en cada incidente la amarga y dolorosa realidad de su vida y la de su patria» *Revista Hispánica Moderna* XIX, New York, 1953, p. 104. (El subrayado es mío).

32. «Comencé a escribir mi libro sobre el mundo de mi niñez y juventud. Al principio lo quería titular *Las raíces* ...», p. 399, ed. cit.; «había terminado mi nuevo libro ... cuando estuvo terminada la primera versión cruda de *La forja* me descorazoné ...», ed. cit.

tarea de escritor comprometido y convertirla en la misión primordial de su vida, algunos escrúpulos o reservas que quizá tenía en sus vacilantes comienzos.

En la comparación a que he sometido las narraciones de los mismos asuntos en las dos obras que comentamos, para ser exacto sólo he descubierto una discrepancia: en la narración XVI de *Valor y miedo*. «Héroes», el personaje central es Julia, una chica madrileña «muy bonita, vestida de luto»³³ que llamaba a todos los transeúntes durante los bombardeos para que se refugiaron en la portería de su casa. En *Valor y miedo* se cuenta, en parte por ella misma y en parte por una vecina allí refugiada, la suerte de su *padre*, al que una explosión partió por la mitad.³⁴ Queda bien claro que se trata del padre de la chica. En cambio, en *La llama*³⁵ la narración, que de tres páginas que tenía en *Valor y miedo* ha quedado reducida a cuatro líneas, habla de «la muchacha que se asomaba a la portería de piedra e invitaba a las gentes a refugiarse allí, porque su *abuelito* había hecho lo mismo hasta que una granada le había matado».³⁵ Lo de «abuelito» puede tener una explicación: en la primera narración, una vecina, refugiada en la portería, le cuenta al autor: «La pobre chica. Al padre le mataron ahí mismo ... ¡Era un *abuelete* más plantao!».³⁶ «Abuelete», diminutivo típicamente madrileño (en lugar de «abuelito», forma usual en español) tiene aquí evidentemente un sentido especial, sinónimo de «vejete». Barea, al integrar esa narración en la autobiografía, sufrió por lo visto un pequeño espejismo.

2. LA ACTITUD RELIGIOSA DE BAREA EN *LA FORJA DE UN REBELDE*.

En una obra que algunos críticos han calificado, con razón, de «crónica de la España en que su autor vivió»³⁷ es natural que se incida en la cuestión religiosa, que se exprese una toma de posición ante la Iglesia y que se formule un juicio de valor sobre lo que realizó como institución o lo que hicieron algunos de sus miembros, ya que la Iglesia siempre ha tenido y sigue teniendo una destacada importancia en la vida del país. También tiene la trilogía un singular relieve la actitud religiosa personal de Barea. Los dos aspectos, el personal y el institucional, no sólo están relacionados entre sí, sino que en cierto modo son interdependientes. En *La forja*, tomo primero de la trilogía, hay dos capítulos clave para descifrar la actitud del autor con respecto a sus creencias religiosas y con relación a la Iglesia como institución. Son el capítulo VIII («El colegio») y el X («La Iglesia») de la primera parte. También contribuyen a aclarar esa pos-

33. P. 75, ed cit.

34. P. 77, ed. cit.

35. P. 311, ed. cit.

36. P. 76, ed. cit.

37. C. BLANCO AGUINAGA, J. RODRÍGUEZ PUÉRTOLAS, I. M. ZAVALA: *Historia social de la literatura española*, III, Madrid, Castalia, 1979, p. 38.

tura personal el capítulo VII de la segunda parte («Proletario») así como el VII de la primera parte del último tomo de la trilogía, capítulo titulado precisamente «La llama». Por supuesto, eso no es todo lo que interesa para enjuiciar debidamente la dimensión religiosa de la obra y del autor. Hay que añadir muchas más páginas y pasajes de esta confesión autobiográfica, como las experiencias vividas por el autor en los tres años de estancia en Marruecos (1920-1923) y sus implicaciones, las influencias personales de familiares o maestros, las derivadas de sus lecturas, etc. para comprender cabalmente la visión de la Iglesia y de las cuestiones religiosas así como las causas y las consecuencias de la misma.

Que yo sepa, los únicos críticos que han insistido hasta ahora en este aspecto de la obra de Barea han sido, sobre todo, Alborg y Ortega,³⁸ pero también debo decir que no coincido con Alborg en la forma de ver el tema. «Su anticlericalismo es definitivo desde la página primera», escribe Alborg³⁹ que agrega unas líneas más abajo «Es el suyo un anticlericalismo *ab ovo*, temporalmente... sin razones profundas»⁴⁰ haciendo hincapié por tercera vez en la misma página en que Barea «era anticlerical antes de sucederle nada». Sinceramente creo que Alborg, que tan acertados juicios, por lo demás, expresa en dicha obra sobre la creación de Barea, en este punto concreto no está en lo cierto.

Es verdad que en *La llama* escribe Barea, al presenciar en Madrid el incendio de las primeras iglesias en 1936: «Estaba convencido de que la Iglesia en España era un daño que había que corregir»,⁴¹ pero hay que tener cuidado al interpretar esa frase así como su actitud general y las opiniones al respecto, que expresa especialmente en el tomo tercero de la trilogía (que abarca desde el 35 al 38, o sea de los 38 a los 41 años en la vida del autor). Pero Barea no siempre pensó así. Hay en él una evolución espiritual innegable, visible sobre todo en el tomo primero, *La forja*. Recordando sus catorce años, aproximadamente, es decir cuando está cursando los estudios de Bachillerato en las Escuelas Pías de Madrid, Barea escribe: «Hasta ahora he creído en Dios, tal como me lo han enseñado todos»⁴² y unas páginas más adelante confiesa: «él (se refiere al tío Luis, el herrero de Mérida) no comprende que *a mí me hace falta Dios*».⁴³

38. J. L. ALBORG: *Hora actual de la novela española*, II, Madrid, Taurus, 1963, pp. 230-231. J. ORTEGA: «A. Barea, novelista español en busca de su identidad» en *Symposium*, Winter, 1971, pp. 385-387 dedica unas páginas muy lúcidas a analizar este aspecto de Barea y con su visión sí coincido totalmente: «El catolicismo ... expresado en este tipo de mentalidad era irreconocible con el humanismo de Barea, pero la iglesia o religión no se atacan en sí sino en cuanto apoyo al sistema político-social que ha sumido al país en el más completo inmovilismo». No me ha sido posible consultar, en cambio, *Spanish Anticlericalism* de John DEVLIN, New York, Las Américas Publishing, 1966, que también dedica un estudio a Barea (citado en el artículo de J. Ortega).

39. OC, p. 231.

40. *Ibidem*.

41. P. 124.

42. P. 154.

43. P. 157. (El subrayado es mío.)

Precisamente en este año, final de estudios y principio de su trabajo fuera del colegio, es cuando se produce en él una honda crisis espiritual, que le llevará a un progresivo alejamiento de la Iglesia aunque no de Dios. Aun a los 38 años le confiesa a D. Lucas, cura de Novés, el pueblo en donde ha dejado a su familia, cerca de Madrid: «El que yo no venga a la Iglesia no quiere decir que no crea en Dios».⁴⁴ Es decir, que su supuesto anticlericalismo no es ni tan «definitivo» y total como afirma Alborg, ni existió *ab ovo* o «antes de sucederle nada» ni su alejamiento de la Iglesia, que es un hecho manifiesto, se produjo «sin razones profundas» sino que las hubo en su vida, y bastante poderosas por cierto, para explicar su cambio de forma de pensar al respecto.

Creo que, al examinar la actitud religiosa de Barea, hay que distinguir entre su postura ante Dios y la teología, por una parte, y ante la Iglesia como institución, como el conjunto de sus representantes, por otra, aunque la división no es siempre tajante y hay bastantes interferencias entre ambos conceptos y realidades. Así, por ejemplo, no logra comprender «por qué Dios es uno y tres a la vez».⁴⁵ Y más adelante escribe: «Cuanto más estudio religión más problemas tengo... Poco a poco voy viendo que no soy yo solo el que quiere saber la verdad de Dios y de la religión. Los libros que voy leyendo hacen las mismas preguntas. La Iglesia los excomulga, pero no les contesta. Sobre estos libros sólo puedo hablar con el padre Joaquín, que no se enfada ni me los quita».⁴⁶ Cuestiones teológicas, si se quiere, que reflejan meridianamente el interés y la preocupación del adolescente Barea por los problemas religiosos. Poco a poco se va llenando de dudas y de preguntas incontestadas, va notando contradicciones que no consigue aclarar racionalmente, su conciencia se va haciendo cada vez más crítica y más escéptica: «Hasta ahora he creído en Dios... Pero ahora ya no puedo evitar el comparar todas las cosas que veo con esta idea de un Dios absolutamente justo y me asusto de no encontrar su justicia por ninguna parte».⁴⁷ ni siquiera en la Iglesia, precisará después en repetidas ocasiones, aduciendo múltiples casos que así lo demuestran a sus ojos.⁴⁸

44. *La llama*, p. 55.

45. *La forja*, p. 146.

46. *La forja*, pp. 147-148.

47. *La forja*, p. 154.

48. El «cura muy grande que tiene muy mal genio» en la parroquia de San Martín muy hábil para sacar los cuartos a los feligreses (*La forja*, p. 105), el usurero de Brunete, don Luis Bahía «que ... se hizo millonario con los jesuitas. Era el administrador de ellos ... y lo que prestaba era dinero de los jesuitas, que así se apoderaban de las tierras del pueblo» (*La forja*, p. 52). En esta misma página figura la siguiente nota del autor: «A la muerte de don Luis Bahía se promovió un pleito ruidosísimo en España por impugnación de su testamento, en el que legaba más de treinta millones a la Compañía de Jesús.»). Don Juan, otro cura de la iglesia de San Martín, al que el autor, de chico, sorprendió un día en la sacristía con una mujer en una situación embarazosa (*La forja*, p. 144). Los curas de la misma parroquia que «abren todas las tardes los cepillos, sacan los cuartos ... se los reparten y se ponen a jugar al julepe o el tresillo en la sacristía» (*La forja*, p. 145), el diferente trato que dan los cu-

Creo que ellos constituyen una de las causas, y no de las menos importantes, que presumiblemente indujeron a Barea a apartarse paulatinamente en sus años juveniles de la Iglesia y de la práctica religiosa; su supuesto anticlericalismo no aparece, pues, «desde la página primera» o «antes de sucederle nada», como estimaba Alborg.⁴⁹

A las experiencias negativas de Barea con respecto a diferentes miembros de la Iglesia ya hemos aludido antes así como a las vacilaciones del adolescente en materia de teología y de fe. Ésas son dos de las causas del progresivo apartamiento del autor de las convicciones religiosas que le habían imbuido en el colegio y en el hogar de sus tíos José y Baldomera, católicos practicantes los dos, en especial la tía, que le acogieron a él y a su madre al morir su padre.

Pero creo que hay otras razones importantes, vinculadas más o menos estrechamente con las que acabamos de citar: a) el medio socioeconómico en que Barea nació y vivió los primeros años —y muchos otros después— de su vida, prácticamente hasta su boda con su primera mujer, Aurelia en 1924 (a los 27 años de edad); b) las influencias que actúan sobre él conformando su personalidad (personales, librecas, cuartelarias) y también, claro está, c) su propio carácter y comportamiento y las consecuencias del mismo.

ras a los ricos y a los pobres (*La forja*, p. 155), el poder y la influencia, a entender de Barea, excesivos, de la Compañía de Jesús en la España de su tiempo (*La ruta*, p. 163), el «poder oscuro» que conservaba el padre Ayala, jesuita, después de la disolución de la Compañía (*La llama*, p. 99). Allí se dice, entre otras cosas, refiriéndose a este padre Ayala: «era él quien manejaba los hilos que iban a terminar en el Palacio Real, en las Cortes, en los salones de la aristocracia y en los cuartos de banderas de las guarniciones más importantes», la actitud, diametralmente opuesta a la suya, de D. Lucas, cura de Novés, condensada en la simple filosofía de que «Aquí, en este pueblo, lo que hay son muchos canallas y lo que hace falta es palo, mucho palo» (*La llama*, p. 56). Precisamente en el diálogo con ese sacerdote expone Barea una de las razones de su apartamiento de la práctica religiosa: «yo no vengo a la iglesia porque en la iglesia están ustedes y somos incompatibles. A mí me enseñaron una religión que ... era todo amor, perdón y caridad ... salvo muy contadas excepciones, ... los ministros de esta religión poseen todas las cualidades humanas imaginables, menos precisamente estas tres ... divinas» (*ibidem*), el episodio de los protestantes de Madrid, muestra de intolerancia y de violencia por parte de los padres del colegio (*La forja*, p. 122), el enfrentamiento entre la abuela Inés y el padre Dimas (*La forja*, pp. 166-168), etc. Los ejemplos de estas experiencias negativas podrían multiplicarse.

49. Recuérdese, por ejemplo, que todavía después de salir de las Escuelas Pías, al término del Bachillerato, y cuando se está preparando para unas oposiciones que le permitirán ingresar en el «Crédit Étranger» —después de haber perdido su primer empleo de chico en una bisutería— asiste a un curso de contabilidad con el padre Joaquín, «la única persona con quien puedo hablar y discutir» (*La forja*, p. 192) y que «conoce mis últimos pensamientos como no los conoce mi madre ni aun yo mismo, porque muchas veces es él quien me los aclara» (*ibidem*). Pues bien, se confiesa con él, va a misa y a comulgar y acompaña por entonces a su tía Baldomera a la tumba de tío José a rezar allí un rosario con ella (*La forja*, p. 195). De modo que, hasta entonces, el mundo religioso de Barea aún estaba relativamente en orden, aunque, como dijimos antes, ya aparecen en él las primeras dudas y las primeras preguntas que quedan incontestadas.

a) *El medio socioeconómico*

Hijo de una pobre lavandera, viuda a los dos meses de nacer él, con tres hermanos más, le aconsejaron a su madre, según cuenta, que los «echara a la enclusa».⁵⁰ «Los tíos nos recogieron a mí y a ella; los días que no lava en el río hace de criada en casa de los tíos y guisa, friega y lava para ellos; por la noche se va a la buhardilla donde vivo con mi hermana Concha. A mi hermano José —el mayor— le daban de comer en la Escuela Pía. Cuando tuvo once años se lo llevó a trabajar a Córdoba el hermano mayor de mi madre, que tiene allí una tienda. A mi hermana le dan de comer en el Colegio de Monjas, y mi otro hermano, Rafael, está interno en el Colegio de San Ildefonso, que es para los chicos huérfanos que han nacido en Madrid».⁵¹ Creo que se puede decir que la familia de Barea era «pobre de solemnidad». La casa donde vivió con su madre y su hermana durante años, era una buhardilla en la calle de las Urosas,⁵² no lejos del barrio de Lavapiés, donde viven otras pobres gentes como la Sra. Francisca, vendedora ambulante en la plaza del Congreso,⁵³ la Sra. Paca, otra lavandera como su madre, «la polvorista», otra vecina que «hace cohetes y garbanzos de pega para los niños»,⁵⁴ La Sra. Rosa y su marido, guarnicionero, Antonia, que pide limosna por las calles y vuelve borracha de aguardiente por las noches, la cigarrera ... y, como otra compañía inevitable, las cucarachas que salen de noche del retrete común, las ratas que suben de las cocheras...⁵⁵

Educado en las Escuelas Pías de la calle del Mesón de Paredes, en el Lavapiés, como «niño pobre», conviviendo con los «niños de pega» o niños ricos y experimentando las diferencias habituales entonces entre ambas condiciones. Es probable que desde entonces empezara a sentir esa aversión instintiva ante el orden y el silencio que les imponían en las filas del colegio: «¡Orden! ¡Silencio! gritan en todas las filas curas, capitanes y carceleros»,⁵⁶ esa orden que «todos ... mamaron en la escuela, en la iglesia, en el cuartel, en la cárcel...».⁵⁷ En

50. *La forja*, p. 17.

51. *Ibidem*.

52. *La forja*, p. 20.

53. *La forja*, p. 22.

54. *La forja*, p. 23.

55. Cerca está el barrio de Lavapiés: «Allí aprendí todo lo que sé, lo bueno y lo malo. A rezar a Dios y a maldecir. A odiar y a querer. A ver la vida cruda y desnuda, tal como es. Y a sentir el ansia infinita de subir...» (*La forja*, p. 110). Lavapiés con sus «gitanos con las patillas en hacha; gitanas de faldas ... manchadas de mugre; mendigos de barbas y piojos espesos ... Era el punto más abajo de la escala social ... En sus casas viven el albañil, el herrero, el carpintero, el vendedor de periódicos, el ciego de la esquina, el arruinado, el traperero y el poeta ... (allí) he visto a los gitanos en cueros al sol, matando sus piojos ... a los traperos separando del montón de basura el montón de comida para ellos para sus bestias, etc.» (*La forja* pp. 108-110).

56. *La forja*, p. 112.

57. *La forja*, p. 113.

ese colegio los niños pobres no podían mezclarse con los ricos, «A la hora del recreo los niños ricos no juegan con nosotros y jugamos solos los tres»⁵⁸ o sea Barea, Sastre y Cerdeño, Quizá está aquí la primera semilla de la rebeldía del inteligente y despierto Barea⁵⁹ contra ese orden impuesto rígidamente, contra esas diferencias de clase. Su rebeldía y su lucha para subir y triunfar, para poder apoyar a su pobre madre a salir de su precaria situación económica fue casi una obsesión en él, hasta la muerte de ella en 1931, a los 72 años llenos de sacrificios, fatigas y privaciones.⁶⁰

¿Qué de extraño tiene viendo estas condiciones de vida que Barea, después del colegio chico en una tienda de bisutería, luego meritorio en un banco con un sueldo miserable, más tarde soldado en Marruecos, modesto empleado después en una agencia de tramitación de documentos y finalmente en una oficina de patentes... se considere obrero y proletario y se afilie a la UGT?⁶¹ ¿Y qué de extraño tiene que al empezar esa «lucha por la vida» a brazo partido y a pecho descubierto se vaya enfriando paralelamente su fe, debilitándose su religiosidad y olvidándose de las prácticas religiosas?

b) *Influencias*

Naturalmente, aparte las experiencias y reflexiones propias, aparte las dudas y vacilaciones de tipo teológico y de la crítica creciente a la Iglesia y al comportamiento de algunos de sus miembros (sobre todo por su intervención, a su juicio excesiva, en asuntos sociopolíticos, por la falta de justicia, según Barea, en su comportamiento, por su vinculación a las clases pudientes, a los ricos o «señoritos» de entonces), actuaron también en él, presumiblemente, determinadas influencias, entre ellas las lecturas. En *La forja* habla Barea de la lectura de muchas obras publicadas por Blasco Ibáñez en su colección económica «La Novela Ilustrada», que permitió comprar «los libros mejores que se encuentran en el mundo» a 35 céntimos «a los chicos y a los pobres. Así yo he leído ya a Dickens, y a Tolstoi, a Dostoyevsky, a Dumas, a Víctor Hugo, a muchos otros».⁶² Después habla de Balzac y de *Eugenia Grandet* y de la furia del padre Vesga, uno de los profesores del colegio de los Escolapios, que le castigó por ello a estar «quinze días de rodillas en la clase. Eso le enseñará a no leer esos libros».⁶³

Durante su estancia en África, en Ceuta, Barea llegó a formar poco a poco

58. *La forja*, p. 114.

59. «Los tres somos niños pobres. Los tres hemos ganado matrículas de honor en el Instituto de San Isidro...» (*La forja*, p. 113).

60. *La llama*, pp. 58-59.

61. *La forja*, p. 270.

62. *La forja*, p. 101.

63. *La forja*, p. 102.

una biblioteca pero un día el comandante mayor ⁶⁴ le sorprendió leyendo *¡Abajo las armas!* de Berta von Sutner y le obligó a quemar muchas obras. «Así perdí un buen número de libros: Víctor Hugo, Anatole France, Miomandre, Blasco Ibáñez ... y desde luego *¡Abajo las armas!*». ⁶⁵

Qué duda cabe que de muchas de esas lecturas, especialmente de Blasco y de su colección «La Novela Ilustrada», se derivó cierto escepticismo y una actitud más crítica que antes frente a la sociedad española de su tiempo, por ejemplo frente a la monarquía, frente a la Iglesia y al clericalismo, frente al ejército y al militarismo y, en general, frente a la corrupción y a la injusticia, frente a la hipocresía y la mentira, frente al capitalismo explotador y deshumanizado.

Entre las influencias personales creo que hay que destacar la de la «abuela grande», Inés, esa mujer de aspecto y de comportamiento impresionante ⁶⁶ y de un anticlericalismo militante, atea práctica y convencida, la que tiene que provocar las lógicas dudas en las creencias religiosas del niño Barea, que confiesa ingenuamente: «Yo quiero creer en Dios y en la Virgen pero las cosas que dice son verdad». ⁶⁷

El padre Joaquín es seguramente la persona que más fuerte influencia positiva ejerció sobre el adolescente Barea, mientras estaba en el colegio pero también después, por su comprensión, bondad, realismo y tolerancia: «la única persona con la que puedo hablar y discutir»; ⁶⁸ él «conoce mis últimos pensamientos como no los conoce mi madre ni aun yo mismo, porque muchas veces es él quien me los aclara». ⁶⁹ Con este escolapio vasco que no quiso ser jesuita le une una auténtica camaradería y una gran franqueza. Pues bien, un día encuentra Barea en el Retiro madrileño a ese mismo padre Joaquín, acompañado de una señora y un niño, y hace las presentaciones: «Mi mujer, mi hijo —dice simplemente. Este es Arturo». ⁷⁰ Es fácil imaginarse la fuerte impresión y la conmoción interna que debió causarle al adolescente esta escena. Y no creo que la olvidara fácilmente: esas cosas no se olvidan.

Barea no es enemigo de la Iglesia ni de la religión, las críticas, como decía-

64. «completamente el tipo de oficial católico», *La ruta*, p. 135.

65. *Ibidem*.

66. Véase la descripción física que hace de ella Barea: «Las manos de mi abuela son grandes como las de un hombre, y su brazo es una mole. Con razón la llamamos la “abuela grande”. Pesa más de cien kilos y es más alta que casi todos los hombres. Tiene una fuerza enorme y come y bebe como un gañán. Cada vez que va a Madrid... Se va sola o con uno de nosotros a casa de Botín, que es un restaurante muy antiguo de Madrid, y manda asar un cochinillo. Se lo come ... ella sola, con una fuente grande de lechuga y un litro de vino» (*La forja*, p. 81). Ella asegura que «Dios no existe más que en el cepillo de las iglesias» (*La forja*, p. 86).

67. *Ibidem*.

68. *La forja*, p. 192.

69. *Ibidem*. En la p. 195 de este mismo tomo escribe Barea: «Los libros, el cine, la máquina de vapor, el padre Joaquín y la clase constituyen todo mi mundo».

70. *La forja*, p. 285.

mos antes, igual que crítica, por ejemplo, la política de su tiempo, la sociedad o el ejército. Esa actitud crítica no le impide en absoluto apreciar y respetar a muchos religiosos, sacerdotes y creyentes. Su postura moderada queda refrendada con muchos ejemplos como el de su amistad con el padre Leocadio Lobo de quien escribe: «El hombre que me ayudó más entonces ... fue un sacerdote católico y de todos a quienes he encontrado a través de nuestra guerra, es el hombre para quien guardo mi mayor amor y respeto: don Leocadio Lobo».⁷¹

Por otra parte, rechaza y condena la violencia y no deja ninguna duda sobre su oposición total a la brutalidad por no decir a la locura colectiva iconoclasta de julio del 36. Lo dice bien claro al presenciar el incendio de la Escuela Pía: «Me era imposible aplaudir la violencia... me rebelaba contra esta destrucción estúpida ... odiaba la destrucción...».⁷² Lo prueba también el episodio de Sebastián, el portero de una casa de vecindad, al que encuentra en el bar de Emiliano por esas fechas trágicas del estallido de la guerra y de la caza indiscriminada del hombre. Sebastián, al que Barea conocía «como un hombre alegre y trabajador, enamorado de sus chiquillos... honrado y decente»⁷³ se había «convertido en un asesino».⁷⁴ Dirigiéndose a él escribe Barea: «ahora le digo, y puede denunciarme si quiere, que en mi vida volveré a cruzar la palabra con usted».⁷⁵

c) *Carácter*

Es cierto que en la vida de Barea como en la vida de todos nosotros, su carácter tuvo una influencia decisiva, su carácter independiente, rebelde, no exento de arrogancia y orgullo, inconformista, intransigente, agresivo, incapaz de someterse a una disciplina que tantos disgustos y sinsabores le produjo y él lo sabe y lo confiesa en repetidas ocasiones.⁷⁶ Creo que en el apartamiento de Barea de la religión tuvo su carácter una destacada importancia. Así cuando al fi-

71. *La llama*, p. 353 o bien el de la liberación de D. Pedro, católico ferviente que tenía una capilla en su casa y que escondió en el caos del 36 al cura de San Ginés, *La llama*, p. 160. Entre los profesores que tuvo en el colegio de Escolapios, además del padre Joaquín le merece un respeto y una veneración especial el P. Prefecto (*La forja*, p. 119) a quien recuerda con afecto muchos años después, en los días aciagos de la quema de iglesias en Madrid (*La llama*, p. 125).

72. *La llama*, pp. 124-125.

73. *La llama*, p. 158.

74. *Ibidem*.

75. *La llama*, p. 159.

76. «Paréceme fuera de duda que había en Barea un descontento innato, de orden temporalmente, arraigado en lo más profundo de su soma, que le hacía encrespase y salir de uñas al encuentro de los acontecimientos», escribe J. L. ALBORG, *OC*, p. 230. Recuérdense también las reacciones intermestivas de Barea ante el gobernador civil de Madrid y sus invitados (*La llama*, p. 344), o bien el incidente con el director del «Crédit Etranger» (*La forja*, p. 297) o con la tía Basilia (*La forja*, pp. 174-175) o con la tía Baldomera, al marcharse él y su madre a la buhardilla (*La forja*, pp. 172-173), etc.

nal de sus estudios de Bachillerato el rector del colegio de los Escolapios le ofrece tomarle como un interno más y pagarle los estudios y la comida, la ropa, los libros, la reacción de Barea es abrupta pero a mi entender no sólo comprensible sino loable y digna: «Yo quiero trabajar... ¡No quiero más limosnas! Sé que soy pobre y no quiero nada de los ricos».⁷⁷ hay en el fondo de estas reacciones un impulso fuerte de imponer su propia personalidad, de asumir su identidad con todas sus consecuencias, también, hay que admitirlo, una especie de orgullo mezclado con cierto resentimiento de pobre.

Si «clericalismo» se entiende en su acepción de «influencia excesiva del clero en los asuntos políticos» o bien en la de «Marcada afección y sumisión al clero», como las define el *Diccionario de la Real Academia*,⁷⁸ Barea, sin duda, no es clerical o, si se prefiere, es anticlerical. Pero si «anticlericalismo» se define como «Animosidad contra todo lo que se relaciona con el clero», definición también del mismo *Diccionario* entonces la contestación debe ser claramente negativa. Crítico de la Iglesia sí lo fue Barea, pero crítico moderado. Su crítica ante la Iglesia y sus miembros se basa según él, en el olvido de las virtudes para él fundamentales (amor, perdón, caridad), en la injusticia, en su postura política, opuesta a la del autor. Hay que insistir en que Barea critica a la Iglesia como critica el militarismo o la sociedad, en general, de su tiempo y, no se olvide, como critica también personas e instituciones de su propio bando republicano. De esa crítica no se libera ni él mismo, pues bien claro expone también sus propios fallos y errores, sus defectos o acciones negativas (su divorcio, su amante María, su actitud ante los hijos, etc.). También esto último contribuye a darle a su obra esa dimensión de veracidad de que hablamos antes.

Barea fue un escritor de ideas socialistas, no anarquistas, enemigo, como vimos, de la violencia, de la destrucción, de la brutalidad y de la barbarie, que proclama claramente que «Matar es monstruoso y estúpido»,⁷⁹ que se confiesa «entusiasta de la paz»⁸⁰ y enamorado de San Francisco.⁸¹ Desde la óptica actual, Barea sería un socialista moderado, como hay millones en España y en todos los países democráticos, creo que también en lo tocante a su actitud religiosa y a sus relaciones con la Iglesia.

77. *La forja*, p. 174.

78. Vigésima edición, Madrid, 1984, t. I.

79. *La llama*, p.249.

80. *La llama*, p. 250.

81. *La llama*, p. 251.